

## LA SENTENCIA DEL MUERTO

Hubo un momento de silencio durante el cual Ali-Akmet sacó de un cajón de la mesa cierto voluminoso manuscrito cuyas hojas eran pieles mal curtidas groseramente emparejadas.

— No tenemos, — dijo, — ningún testigo viviente de los hechos horribles que acabo de denunciar. En cambio la voz de los muertos se eleva para acusar á usted con elocuencia formidable. Oigase bien esto.

Desplegó el manuscrito, y después de deletrear algunas líneas, leyó en voz alta :

« ... Me dirijo también á otro, propietario de una casa situada á orillas del Tavaria, por la cual se entra á la parte norte de las galerías. A este tal le digo : No toques á nada. Ese oro es sangre. Procura no llevar el castigo más allá del límite que le está fijado. Serás padre dos veces : padre del odio y padre del amor. Si no llega á cometerse indiscreción alguna, estará próxima la hora de la redención de mi raza cuando el odio, manifestándose bajo la forma de un ser humano, mate al marido de su madre antes de matar á la mujer de su padre... »

El lector debe recordar haber leído antes el manuscrito en que se contenían estas líneas.

Dicho manuscrito era en efecto el testamento del célebre bandido Fra-Diavolo, encontrado por el padre de Akmet en la cajita recogida por el mismo del tabernáculo de la iglesia subterránea de los hermanos de la Misericordia.

— ¿ Qué significa esa jerigonza? — exclamó el conde, sinceramente sorprendido esta vez. — ¿ Y qué relación puede tener ese venerable mamotreto con la cómica acusación que acaba usted de formular contra mí?

— Venerable de veras debería ser para usted este mamotreto, — contestó el doctor, — puesto que todo él es de puño y letra de su abuelo... Así lo comprenderá usted oyendo con calma las explicaciones que me parece necesario dar á las personas llamadas á pronunciar su sentencia.

De no hallarse usted emparentado, por desgracia, con las dos jóvenes huérfanas que velan en este momento á la cabecera del marqués, habríamos procedido legalmente contra usted, sometiéndole al brazo secular de la justicia. Pero este procedimiento nos ha parecido inmoral : porque la pública condenación de usted no habría dejado de salpicar de un poco de fango inmundo el nombre sin manchilla del padre de esas criaturas inocentes, que por desgracia lo era también de usted.

Como se deduce de las líneas que acabo de leer, vuestro antecesor Julián Bozzi Bozzo, más conocido con el nombre de Fra-Diavolo, hubo de prever más de un siglo antes de que usted naciese, su horrible pasión por la sangre humana ; y preciso es convenir en que no se equivocó al anunciar que mataría usted al marido de su madre antes de dar muerte á la mujer de su padre, puesto que el teniente Lampessadas y Malaquea Sabielo, cayeron sucesivamente uno tras otro, asesinados por la misma mano, por la de usted.

No me interrumpa usted : déjeme que continúe, y procure la señora vizcondesa de Aubinesco escuchar atentamente lo que voy á decir ahora. Mis palabras le presentarán, retratado de cuerpo entero, al hombre por ella elegido para dar la mano de esposo á su sobrina la señorita Yvona.

La vizcondesa, ocupada en hacer respirar un frasco

de sales á la desmayada baronesa, levantó la cabeza al oírse interpelar en términos tan perentorios.

Alí continuó dirigiéndose al conde :

— Consiguió usted, acompañado de sus dos hermanos, burlar á los gendarmes corsos, así como también á la policía del continente, y desaparecieron ustedes. Aun seguiríamos ignorando dónde pasaron los cuatro meses siguientes al segundo de sus asesinatos á no ser por el excelente señor Malatierra que está aquí, entre nosotros, quien nos ha enterado de que se hallaban ustedes á bordo de su buque cuando éste naufragó en las costas de la isla Cabrera.

— ¿Quién es ese señor Malatierra? ¿Algún nuevo personaje de la comedia, sin duda? — dijo cínicamente el conde. — Esta es la primera vez que oigo pronunciar un nombre tan ridículo.

— Puede ser : pero repito, Enrique Bozzo, que tengo pruebas de cuanto afirmo, y que no tardaré en presentarlas. Nada de particular tiene que haya usted olvidado el nombre del señor Malatierra ; él en cambio recuerda perfectamente el de usted, tanto más cuanto que ese nombre, con el de sus dos hermanos, quedó consignado en el registro de á bordo.

— Y no me acuerdo sólo del nombre, — dijo entonces el ex-capitán ; — sino que tengo presente, como si la estuviera viendo, la cara de mi pasajero, y eso que ya ha llovido desde entonces. La cosa no tiene nada de particular, porque hubo un incidente que me obligó á fijarme bien en los tres hombres. Cuando á bordo de un barco pequeño, como lo era el mío, hay algún pasajero, éste intima enseguida con los marinos, y en caso de necesidad ayuda a la maniobra ; es decir, que se le considera como de casa. Bueno, pues durante el temporal que tuvo que soportar el *Buenamar*, ninguno de los tres Bozzo salió para nada del camarote, tal vez porque dos de ellos se ocupaban en cuidar al otro que tenía la cabeza rodeada de trapos sanguinolentos y parecía acometido de un delirio furioso.

— Y ese otro... interrumpió el doctor.

— Ese otro es fácil de reconocer por una señal particular. Mientras operábamos el penoso desembarco en la

costa de Cabrera se deshizo el vendaje del herido, y lo mismo mis marineros que yo pudimos ver, en medio de su frente, una llaga horrible, que una vez cicatrizada, ha debido dejar huella indeleble.

Las pupilas del conde se inyectaron en sangre al oír estas palabras. Sin embargo, siguió vagando entre sus labios la misma sonrisa burlona que los plegara poco antes.

El doctor Alí continuó su terrible requisitoria.

— Oportuno fué ese naufragio, porque le salvó á usted de la guillotina. Cuatro meses después del mismo, un asesinato cometido en circunstancias análogas á las que concurrieran en el de la quinta Sabielo, sumió en el luto y la consternación á una noble familia de Bretaña. Pero este tercer crimen tuvo un testigo, á quien no redujo usted al silencio para siempre, no por conmiseración, de la que no le creo capaz, sino en virtud de una audacia tan impertinente como inconcebible.

— ¿Pretende usted invocar el testimonio de un loco? — preguntó el conde. — ¡Pues señor, tendría que ver!

— Repare usted que se vende, Enrique ; — continuó el implacable Alí. — Si después de cometido el crimen á que me refiero no se hubiese usted preocupado de enterarse de la suerte corrida por el testigo de su delito, ¿cómo había usted de saber que Kenec el manco ha estado loco?

La vizcondesa, que aun se hallaba ocupada en auxiliar á la dama desmayada, irguióse con violencia al oír la última frase de Alí.

— ¡Kenec, el mayordomo de mi hermana la baronesa de Eparville! — exclamó en el paroxismo de la indignación y de la sorpresa. — ¡Y es ese miserable, ése, el que me la ha asesinado!

— El es, señora, — dijo Kenec el manco sin moverse de su sitio. — He permanecido tanto tiempo sin uso de razón, que ahora veo el espantoso drama como si hubiera ocurrido ayer. Para mí no hay duda posible. Es él.

Y con trágico ademán el antiguo soldado tendió su único brazo en dirección del conde.

— ¡Demonio, demonio, demonio! — pensó Jaime. —

No está mal de aplomo mi tío. Si de esta hecha no hacemos fortuna, ya podemos volvernos al pueblo.

Como una leona á quien se pretendiera robar sus cachorros abalanzóse la de Aubinesco á su sobrina Yvona, y rodeando con ambos brazos el pecho de la joven la mantuvo estrechada contra su seno en además de protección.

— ¡Hase visto canalla semejante! — rugió con furia.  
— ¡Y era á esta pobre criatura, mi desdichada Yvona, la hija de su víctima, á la que quería unir su suerte ese monstruo!... Y yo tan loca, tan insensata, tan ciega, que nada sospechaba, que nada veía, y que he llegado á defenderle!...

Y agitando el puño amenazador en dirección del acusado, repitió por tres veces, escupiéndole la palabra:

— ¡Cobarde, cobarde, cobarde!

La defección de aquella á quien pudo creer por un momento su aliada, de aquella á quien se figuraba poder llamar su tía, no impresionó ni poco ni mucho á Enrique de Corpo-Santo. Con gran calma, con perfecto dominio de sí mismo, como si no hubiese oído á la de Aubinesco, interpeló á Ali directamente.

— Usted dirá cuándo hemos de dejar el dominio de la ficción, — le dijo — para entrar de lleno en el verdadero, en el único motivo de su enemistad contra mí, shaif. Paréceme que ya va siendo hora de que hablemos de nuestro duelo del mar de las perlas.

— Ya llegaremos, — replicó Ali. — Antes he de hacer constar que el móvil de sus crímenes ha sido siempre el robo. Robó usted en la quinta de Sabielo, robó en el castillo de Eparville, y con objeto de robar regresó á Córcega, teniendo que volverse de vacío porque cuando fué usted á buscarlo, el pájaro había ya volado.

El recuerdo de esta penosa decepción, experimentada por Enrique algunos años antes en la iglesia subterránea, entenebreció en aquel momento su mirada.

Continuaba hablando el acusador.

— Hace un momento hablaba usted de mis agravios personales. Estos son demasiado pequeños comparados con los de los demás. Por eso no he de hablar de ellos. Séame permitido sin embargo decir que mintió usted,

que calumnió usted á los hermanos de la Concha, al assimilarlos á los miserables de quienes fué usted capitán. Y aun añadiré, para edificación de todos, que en nuestro duelo al *Requiem* se sirvió usted de un arma que no era la convenida.

De regreso en París, la pasión sanguinaria que le domina se revela bajo una nueva forma, aun más horrible, si cabe, y aunque ya es usted rico, sabe Dios en virtud de qué procedimientos, continúa ejerciendo el robo como medio cómodo y breve de aumentar sus riquezas.

Ayudado por sus dos hermanos, dos imbéciles irresponsables á quienes inviste usted de títulos nobiliarios tan apócrifos como el que usted ostenta, y aprovechándose de las coartadas que le es fácil probar gracias á la inconsciente complicidad de esas dos bestias, ha degollado usted, en el espacio de dos meses, á cuatro muchachas de vida alegre en el momento en que las pobres salían de diferentes sitios de recreo.

Flavia la mulata, que hasta entonces había escuchado en silencio levantó de pronto los llameantes ojos.

— ¡Americano! — dijo interrumpiendo al doctor. — Tu nombre no me importa, como no me importan algunos de tus crímenes. Para mí, tú no eres más que *el carnicero de mujeres*. Sabe pues que soy yo quien te ha hecho prender. Quiero arrancarte el corazón por la muerte de mi padre. Necesito una vez tu vida á cambio de la de Medarina la gendarme, muerta al salir del Eden. La necesito una segunda vez, por la de Narcisa piel de seda, asesinada á la puerta del Nuevo-Circo. Y una tercera vez por la de Sabiniana de Closmesnil, que cayó al salir del Casino de París. Y una cuarta, á cambio de la de Julieta la Camarona, degollada por ti en el Gran Hotel al salir de Folies Bergères.

El conde se estremecía oyendo á la mulata, y érale de todo punto imposible sostener su ardiente mirada. Más, mucho más que la larga acusación de Ali, hábale impresionado la enumeración rápida y concisa de aquella mujer implacable.

— Y no es eso todo; — continuó Flavia. — Aquí, en este mismo hotel, vi yo hace pocos meses cómo tu

cuchillo hería á una joven, pura y hermosa, que si quedó con vida no fué porque no hicieras tú todo lo posible por arrëbatársela.

La gorda baronesa, que había ya vuelto en sí, se precipitó hacia el conde al oír las últimas palabras de Flavia.

— ¿Qué es lo que dice esta mujer? — exclamó. — ¡Un asesino él, mi hijo! ¡No, no es posible!

Y uniendo las manos, en ademán de súplica, intercedía:

— Enrique, hijo mío, reconóceme, por favor; yo soy tu madre, ¿comprendes? ¡tu madre!

— Aléjese usted, buena mujer; — dijo él. — Aléjese usted; ni yo soy ese Enrique de quien usted habla, ni soy tampoco hijo suyo. Yo...

No pudo terminar la frase que se ahogó en un grito de rabia indescriptible.

Aprovechando la circunstancia de que el cuerpo de la enorme baronesa Lampessadas lo ocultaba á la vista del acusado, Ali-Akmet dió la vuelta por detrás del catafalco, y acercándose á Enrique sin ser visto de éste le agarró por los cabellos y levantó de pronto la mecha á lo Girardín que le cubría la frente.

— Prometi, — dijo — probar la identidad del individuo. Una sola prueba bastará. Mirad.

Todos los presentes levantáronse, acercándose, para ver... Ni siquiera las dos huérfanas pudieron sustraerse á la general curiosidad.

El conde, ebrio de furor, alocado por su impotencia, revolviase enérgicamente, procurando aunque sin conseguirlo, librar su cabeza de la presión vergonzosa y horrible de la nervuda mano del árabe, cuyos dedos férreos arrancaban de ella mechones de cabellos á cada nuevo movimiento del acusado.

Todos los testigos de la horrible escena pudieron contemplar á su sabor la cicatriz.

— ¡Es él! ¡Es Enrique Bozzo! — dijo Malatierra, que fué el primero en hablar.

Y como si la misma idea acudiese de pronto á la imaginación de los presentes, todos exclamaron señalando la cicatriz:

— ¡La mordedura de la agonizante!

Las dos huérfanas, por su parte dijeron con admiración, y casi con orgullo:

— ¡La marca hecha por nuestra madre!

Cuando todo el mundo hubo visto, Ali-Akmet soltó en fin la cabeza del prisionero.

De toda esta escena la baronesa Lampessadas sólo había comprendido una cosa: que á su hijo, encontrado al fin, se le acusaba del más odioso de los crímenes.

— ¡Enrique! ¡Enrique! — gritó abriendo los brazos y llorando á lágrima viva. — ¡Ven, hijo mío; esa gente quiere perderte!... Acumulan contra tí las mentiras, porque eres hermoso, porque eres bravo... ¡Pero yo te salvaré, yo, tu madre, aun cuando haya de morir por tí!...

Hablando así la pobre mujer no excitaba, como de ordinario, la risa. Aparecía por el contrario transfigurada, hermosa, admirable. Adivinábase que se hallaba pronta á todos los sacrificios con tal de asegurarse la posesión de aquel hijo, tardamente deseado, y encontrado, y reconocido en tan trágicas circunstancias.

Pero la baronesa había cometido faltas; todas las faltas encuentran, más pronto ó más tarde, su castigo: y el reservado á la infeliz mujer, aunque tardío, debía ser terrible.

— ¡Pues bien, sí, yo soy Enrique, Enrique Sabielo, ó Bozzo, como queráis! — gritó el acusado, cuyo rostro antes sereno, habíase descompuesto horriblemente desde que Ali le sorprendiera para enseñar la cicatriz de la frente. — Y tú, — añadió dando un paso hacia la baronesa — tú no eres más que una miserable. ¿Con qué derecho pretende usted estrechar entre sus brazos, después de treinta y cinco años de abandono, al hijo confiado por usted á manos mercenarias? ¿Cómo he de ser yo hijo de sus entrañas si usted no tiene entrañas? Los inmundos placeres de su juventud dieron fruto, sí, pero ese fruto, saboreado con deleite el placer que lo produjera, lo arrojó usted, como pesado bagaje del que se dehace uno cuando estorba, pensando en buscarlo más tarde, cuando se hiciera indispensable, cuando llegada la vejez experimentara usted la necesidad de un báculo

para apoyar en él su debilidad y su cansancio. Buscaba usted á su hijo, sí, pero no por él, sino por usted, lo cual constituye para ese hijo una degradación más.

Detúvose un momento el conde, para añadir enseguida con voz estentórea y deajo de burla siniestra :

— ¡ Atrás, mujer ! No venga usted á insultar ahora á aquel de cuya vida ha hecho un infierno y al que da la muerte con el solo hecho de reconocerlo como hijo... ¡ Y es usted la que desea oírse dar el nombre que los hijos dan á sus... Bueno, pues si es que aun resulta usted accesible al remordimiento, cúbrase el rostro y hiérase el pecho al saber por mi propia boca que tiene usted por hijo á uno de los más empedernidos criminales. Ese hijo ha asesinado con tres ó cuatro nombres diferentes : pero sus crímenes no deben cargarse en su cuenta, sino en la de usted, señora. El abandonado, el paria, no podía tener más que un propósito, nada más que un desco en su existencia : el de vengarse de la sociedad para la cual era una mancha. Y para vengarse sólo contaba con un medio : el de destruir á todas las mujeres para llegar en fin hasta aquella de quien recibiera su miserable vida.

— ¿ Pero es que también habrías querido asesinarme, á mí, tu madre ? — balbuceó la baronesa cuyas piernas se negaban á sostenerla.

Enrique estaba desconocido : lívido el semblante, en desorden el cabello, extraviada la mirada, hubiérasele tomado en aquel momento por un loco.

— ¡ De tal palo tal astilla ! — replicó con rabia loca. — ¿ Qué puede haber de extraño en que yo haya pensado en matarla á usted. si usted por su parte me asesinó al darme á luz ? Tal como la he visto siempre en mi imaginación, tal y como yo me la figuraba, así la veo ahora, al conocerla : egoísta, vanidosa, cobarde, débil y sin corazón...

Las últimas palabras de Enrique acabaron con las pocas energías que quedaban á la infeliz baronesa. Lanzó la sin ventura un gemido prolongado y cayó al suelo como una masa.

Por orden de Ali, fué transportada fuera del salón. Cuantos quedaban en él hallábanse dominados por la

impresión de horror que les causara la terrible catilinaria de Enrique. Este por su parte dábase cuenta exacta de su situación comprendiendo que después de la confesión que acababa de hacer, érale necesario abandonar toda esperanza de salvación.

Y sin embargo, lejos de pensar en el desenlace, sin duda próximo y terrible, del drama en que representaba el papel de protagonista, la imaginación de aquel hombre excepcional hallábase preocupada con una idea que le sugería la presencia de Amy.

— ¡ Qué hermosa es ! — decíase contemplándola con éxtasis. — Una mujer como esa y un hombre como yo, ligados por el interés y por el amor, hubieran podido conquistar el mundo... ¿ Por qué, por qué no lo ha querido ?

Y así pensando tuvo frases de odio contra Dios, que había hecho de Amy su hermana.

— Acabemos cuanto antes ; — dijo el doctor. El señor marqués no puede pasar toda una noche sin descanso.

Dirigiéndose de nuevo al prisionero, añadió :

— Ya ha oído usted mi acusación, Enrique. Pidió pruebas y le he dado las que podía darle, todas las demás resultarían ahora superfluas, puesto que se ha decidido usted á confesar la verdad... Poco probable me parece que pueda usted invocar excusas para atenuar el horror de sus crímenes ; sin embargo, dispuestos estamos á escuchar cuanto quiera decir en su defensa.

— ¿ Para qué, si estoy ya condenado irremisiblemente ? Además, nadie me comprendería. Mi defensa está en las palabras que acabo de pronunciar para condenar á la mujer incalificable que no supo hacer otra cosa que desembarazarse del hijo adulterino que la estorbaba. Vosotros, que tenéis padres legítimos, que habéis hecho vuestra entrada en el mundo por la puerta grande, por la legal, no alcanzaríais á comprender los sufrimientos del que se ve reducido á entrar en ese mundo por la puerta de servicio... Dejemos pues mi defensa.

— ¿ Nada más tiene usted que añadir ?

— Nada.

— En ese caso, — dijo Ali volviéndose hacia el lecho en que reposaba el marqués, procedamos por orden.

¿ Quiere usted hablar en nombre de sus pupilas, señor marqués?

Hubo un instante de profundo silencio. Todo el mundo esperaba la declaración del anciano. Pero como éste tardaba en contestar, Ali-Akmet repitió su pregunta.

— ¿ Quiere usted hablar en nombre de sus pupilas, señor de Kerbiroët?

Cada una de las huérfanas continuaba estrechando una mano del enfermo. Llenas de inquietud en presencia del obstinado silencio de éste, inclináronse hacia él, y el mismo grito escapó simultáneamente de sus gargantas:

— ¡ Buen papá ha muerto!

— ¡ Muerto! — exclamó el doctor precipitándose hacia el lecho.

Y persuadido, tras minucioso examen, de que nada podía intentarse para reanimar el cuerpo del marqués, volviósese hacia los circunstantes para decir con voz solemne:

— Aquel á quien considerábamos como á un amigo, y á quien yo reverenciaba como un bienhechor, acaba de entregar á Dios su alma, hermosa como pocas.

Yvona y su tía la vizcondesa acercáronse entonces al lecho para prodigar los consuelos de su amistad á las dos jóvenes hermanas que lloraban en silencio.

— Consciente de su deber, — continuó el doctor — el señor marqués Trogoff de Kerbiroët no ha muerto por completo. Comprendiendo mejor aún que yo mismo que su fin era inminente, preparó su voto por escrito.

Ali sacó al decir esto, de entre las sábanas del lecho, un sobre lacrado.

— Aquí lo tenéis: — continuó. — Sea lo que fuere lo que diga este papel no puede ser otra cosa que la expresión más pura de la más alta justicia, pues ha sido escrito por un hombre que se asomaba, al escribirla, á las puertas de la eternidad. Antes, sin embargo, de leerlo, permitidme una pregunta. ¿ Deberemos ejecutar la sentencia aquí contenida, sea la que fuere?

— ¡ Sí! contestaron unánimemente los circunstantes.

Desgarró Ali el sobre, desdobló luego el papel y leyó lo que sigue:

« Para castigar debidamente al miserable cuyo nombre

es por desgracia el mismo de mis hijas precisa prescindir de la justicia humana que al condenar al culpable mancharía la inmaculada pureza de las víctimas. Hacer desaparecer de París una personalidad como la del conde es sumamente difícil, de no adoptar medidas de carácter excepcional de las cuales voy á hablaros. Creo en efecto haber encontrado la solución á ese problema: por eso hice encargar el doble féretro de plomo y de roble. La sentencia que pronuncio aquí es tal vez cruel pero no injusta... Enrique Bozzo será encerrado vivo en el doble ataúd una vez certificada mi muerte por el médico forense. Y á partir de este momento será sustituido á mí mismo: de modo que mientras mis despojos serán conducidos bajo una de las banquetas de mi berlina de viaje hasta Bretaña, la solemne inhumación de Enrique tendrá efecto en París, con todo el ceremonial propio del caso, y asistencia de todos mis amigos y conocidos al lujoso entierro. Tal es mi sentencia, que deseo sea ejecutada. »

El documento, escrito todo él por la mano temblorosa del marqués, iba autorizado con su firma y rúbrica.

— Mátenme ustedes en el acto, córtlenme el cuello si les place, — gritó Enrique una vez terminada la lectura; — ¡ pero enterrarme vivo! ¡ No, oh, no!

Sus súplicas resultaron inútiles. Atado y amordazado fué conducido por orden de Ali á uno de los graneros del hotel, mientras que Kernec, Jaffary y Malatierra retiraban el catafalco y ponían la habitación mortuaria en estado de recibir la visita del médico forense que debía certificar la defunción del ilustre marqués de Kerbiroët.